

## ESTO ES DIGNO DE CONTARSE...

Escribe: HUGO LINDO

De "El Comercio" de Quito.—Nº 20128.—30-V-60.

Alguien me dijo: "No deje de conocer esa biblioteca"...

La oportunidad no tardó en presentarse.

La Academia Colombiana de la Lengua celebraba en el salón de actos, uno de mucho relieve. Yo llegué temprano, así que pude dar una vuelta somera por distintos lugares del edificio. Quedé convidado a regresar con más tiempo.

Hice cita con el Director para entregarle algunos libros editados por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura de mi patria.

El doctor Jaime Duarte French, hombre joven, culto, cordial, recibió aquellos libros con entusiasmo. Juntos fuimos a los ficheros, y vimos las papeletas de El Salvador. No había más de unos quince títulos casi todos de publicaciones oficiales —memorias, manifiestos, justificaciones— y todo añejo.

De las bibliotecas que he podido conocer en mis viajes por América, ésta es la que más me ha impresionado. Y por muchas causas.

Primero, está el aspecto arquitectónico. Fachada sobria, elegante, de una sola puerta de vidrio. Adentro, todo organizado con el mejor gusto moderno. La comodidad y la elegancia se observan por todos lados. Un patiecillo interior, con jardín, presenta las líneas gráciles de una estilizada estatua. Esto queda cerca del salón de música...

¿Cómo?... Sí: del salón de música, que se halla contiguo a la sala de lectura de los niños. Aderezado con los más muelles sillones, en donde el melómano puede olvidarse de las miserias de su cuerpo; iluminado por suaves lámparas indirectas, éste es el templo de los iniciados en el más alto regocijo. Todos los días, de 4 a 7 de la tarde; los equipos de alta fidelidad de la Biblioteca, presentan programas de la más selecta calidad.

Además... ¡Qué profusión de cuadros!... Los mejores pintores de Colombia. Algunos de otros países latinoamericanos. Por todas partes, óleos, acuarelas, "gouaches", detrás de cuya selección se adivina la existencia de una cultura al mismo tiempo refinada, atrevida y exigente.

Nos lleva el doctor Duarte a los depósitos de libros. ¿Cuántos? No sé. Sin duda hay en América bibliotecas más grandes. ¡Pero hay que ver el orden, la limpieza, la luz, la calidad del mobiliario!... Estanterías de acero verde oliva se enderezan desde el piso hasta el techo, abrumadas por el peso de los libros. ¡Y la organización!

Mas todo eso cabe dentro de la común noción de biblioteca. Que sea de hermosa arquitectura. Que esté bien acondicionada. Que tenga muebles confortables. Y hasta música y cuadros, ahora que de la cultura se tiene una visión integral. Lo que extraña es lo otro. Lo que todavía no quiero decir.

La Biblioteca edita libros. No para vender, sino para establecer sus canjes, para favorecer el trabajo de los hombres de letras, para desempeñar, en suma, una de las más altas funciones patrióticas. Y yo, que había ido a regalar unos cuantos volúmenes, salí de ahí con otros. Unos pocos: los que más me llamaron mi atención.

Sobre las ediciones cabría un largo comentario. Y no es el de hacerlo, mi propósito actual. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar siquiera, la excelente calidad de la presentación. Que lo demás, lo dicen, por sí solos, los títulos de las obras.

*Cartas al Libertador*, es uno de ellos. *Cartas del Libertador*, es otro. Ambos de gran formato, en excelente papel, contienen copias fotostáticas de increíble fidelidad, de piezas de correspondencia manuscrita. Cada carta viene acompañada de su traducción —si no en castellano— y todas, con letra de molde, traen también su texto original. Verdadero regodeo para bibliófilos. Las siete tragedias de Sófocles que han llegado hasta nuestros días forman, en traducción directa del griego, elegantísima y amena, un volumen de 398 páginas. Tradujo el humanista colombiano doctor Julián Motta Salas, cuyas *Letras griegas y latinas*, en volumen de 500 páginas, también aparecieron de las mismas prensas, así como los deliciosos *Sueños gramaticales de Luciano Pulgar*, compilados y prologados por el doctor Eduardo Caballero Calderón, gran conocedor de la obra de aquel ilustre polígrafo que se llamó Marco Fidel Suárez.

Y esto es lo que me traje. Nada más. Una ínfima parte de lo que había disponible. Pues lo disponible no son sólo obras editadas por la Biblioteca, sino también otras que ella compra a los autores, para distribuir y estimular.

¿Quién sufraga todo esto?...

Pues eso es, precisamente, lo digno de contarse.

La Biblioteca Luis-Angel Arango, en Bogotá, lleva ese nombre en homenaje a su creador, quien fue Gerente del Banco de la República. Y es un banco, precisamente, una institución de economía, de negocios, de actividad financiera, quien hace toda esta labor. Como si, con alto sentido de espiritualidad, se hubiesen invertido los términos bíblicos, aquellos que hablan de los mercaderes en el Templo y hubiesen entrado al mercado los más altos valores de la cultura humana.

¿Cuántos Bancos, en el mundo, realizarán una tarea semejante?

Mucho me temo que no haya dos...